

LA CATEQUESIS DE ADULTOS*
CONDICIONES TEOLÓGICO-PASTORALES
PARA SU PROMOCIÓN Y CONSOLIDACIÓN

VICENTE M^a PEDROSA
Responsable Diocesano de Comunidades
Bilbao †

I. TRASFONDO TEOLÓGICO: "DIOS SIGUE SALVANDO HOY"
URGENCIA DE PROFETAS

El informe, breve y preciso, que los Delegados Diocesanos de Catequesis me enviaron sobre la *situación actual de la catequesis de adultos en la región* me hizo cambiar el enfoque que pensé dar en un primer momento a esta reflexión. De ahí el subtítulo que añadido al título original.

1. *Valores de la cultura actual*

En los documentos de los dos últimos lustros, el Episcopado Español y los agentes de la pastoral en España han ido reconociendo cada vez más explícitamente que nuestra cultura es particularmente sensible a valores humanos como la dignidad e igualdad de las personas, el respeto a los derechos humanos, la libertad inalienable en la actividad y en las decisiones humanas, la lucha por la justicia y la aspiración activa por la paz, la solidaridad con los pobres del Tercer y Cuarto Mundo, el creciente reconocimiento de la dignidad de la mujer y su progresiva integración en la sociedad, la valoración y defensa de la naturaleza y del medio ambiente como "hábitat" de la raza humana, etc¹.

* Esta reflexión se realizó en el XIV Encuentro del Clero aragonés, Zaragoza, 16.4.1995, a petición de los Pastores de la Iglesia de Aragón y La Rioja.

¹ *Católicos en la vida pública* (1986), nn. 14-17. *Plan de acción pastoral de la Conferencia Episcopal Española. Trienio 1987-1990: "Anunciar a Jesucristo en nuestro*

Más aún, el propio Episcopado y otros agentes de pastoral reconocen que estos valores culturales de hoy pueden ser "ventanas abiertas" a la trascendencia y a la fe cristiana: la libertad, clave de la modernidad, posibilita más plenamente el acto de fe. La ciencia y la técnica, madres de la "civilización del consumo", provocan de rebote en no pocos, por el sentimiento de culpabilidad de vivir demasiado bien, el deseo de una sociedad más justa y armoniosa, en la que el bienestar llegue a todos. El pluralismo de ideas, valores y creencias "no es un mal que rechazar, sino un hecho que está ahí (cf. DCG, 3) e impulsa a muchos a afirmarse en sus convicciones y a recibir la fe como don que se puede personalizar y testimoniar libremente. La crisis de las ideologías, que tiende a producir un vacío de valores, lleva a muchos a buscar valores donde encontrar sentido a la vida (cf. CA nn. 2-13), etc.

2. *La nueva situación histórica de la fe*

Esta mirada positiva y esperanzada de nuestros pastores y agentes de pastoral a nuestra civilización les honra y nos honra, porque es la mirada del profeta bíblico. Efectivamente, en medio de la injusticia de retener el salario justo, de la violación de los derechos humanos contra las viudas y los huérfanos y de la corrupción de los mercaderes y traficantes de la tierra; en medio de la altanería y arrogancia de los sacerdotes que ni adoran a Dios ni sirven al pueblo, sino que se apacentan a sí mismos; en medio del soborno de los jueces, de la altivez de las hijas de Sión, enjoyadas de pies a cabeza para la seducción; en medio de los profetas que se venden a los reyes y vaticinan lo que halaga sus oídos... (Is 1,1-4,1; 5,1-7,9; Jr 2,1-3,13; 4,5-6,30; 7,1-10,22...); en medio de un mundo vacío de criterios morales y de espaldas al Dios de la Alianza (Jr 18,15), el profeta está seguro de que Dios no da la espalda a su pueblo (Is 25,1-12; 26,1-21; 27,1-5; Jr 30,1-31,30; 31,31-34), sino que sigue "estando con su pueblo —oráculo de Yavé— para salvarlo" (Jr 30,11) y le asegura "No temas, que contigo estoy yo... Yo, yo soy Yavé y fuera de mí no hay salvador" (Is 41,10 y 43,11).

mundo con obras y palabras", nn. 15-18. Congreso *Evangelización y hombre de hoy*. Madrid 9-14.9.1985 (Madrid, EDICE, 1986): Conclusiones 3^a-8^a, 13^a y 27^a. Congreso *Parroquia evangelizadora*. Madrid 11-13.11.1988 (Madrid, EDICE, 1989): Conclusiones nn. 2, 3, 8, 10 y 11.

Sin embargo, a pesar de esta "ley de la condescendencia divina" atisbada por los profetas en toda la historia de la salvación, seguimos experimentando a veces la tentación de comparar la situación actual de la Iglesia con un barco en el que está entrando agua por debajo de la línea de flotación; el capitán y la tripulación saben que hay vías de agua, pero prefieren no examinarlas de cerca, porque el barco sigue a flote y en movimiento. O comparamos la Iglesia actual con un coche muy usado con muchos ruidos, pero que sigue traqueteando; los dueños no lo llevan a revisar por miedo a que diagnostiquen algo aún peor. O se nos antoja que la Iglesia, hoy, se asemeja –como en *El Pastor de Hermas*– a una torre o casa vieja: en el primer piso duerme el amo y oye ruidos en la estancia baja, pero permanece en la cama un miedoso e indeciso entre si bajar o no, porque el ladrón puede haberse marchado ya cuando él decida hacerlo.

Lo común de estas tres comparaciones "eclesiales" es que el negarse a reconocer la nueva situación de la fe de los bautizados y el estilo quizá evagélicamente poco punzante de nuestra pastoral son un peligro real. En los tres casos hay certeza o indicios suficientes de que el barco, el coche o la casa están en grave riesgo y los dueños prefieren seguir la logística del avestruz².

Pues bien, no han procedido así muchos agentes pastorales de la Iglesia en España o, al menos, no han actuado así nuestros obispos:

En nuestra sociedad se ha ido estableciendo poco a poco, como cosa normal, la indiferencia religiosa y la inseguridad moral. Las nuevas generaciones se ven fuertemente influenciadas por un ambiente cultural y moral que las impulsa hacia unos estilos de vida más paganos que cristianos. Los cristianos tienen que profesar su fe y practicar su vida cristiana sobreponiéndose y reafirmando contra la gran fuerza envolvente de una cultura ambiental y dominante con fuerte impregnación laicista y neopagana³.

3. *¿Consecuencia de esta situación para el quehacer pastoral?*

La respuesta de la Iglesia... inspirada por Dios y alentada por el Papa, se llama *evangelización misionera*⁴. Por tanto, de entrada, no hay que

² Cf. M. P. Gallagher, *Ayuda a mi fe* (Santander, Sal Terrae, 1993) 53.

³ Conferencia Episcopal Española, *"Para que el mundo crea"* (Jn 17,21). Plan pastoral de la C.E.E. 1994-1997 (Madrid, EDICE, 1994) 17.

⁴ Cf. *ibid.*, 17 y p. 18,1, 3º.

cerrar los ojos a las quiebras de la propia Iglesia en la fe de sus miembros o en su quehacer pastoral, ni hay que sentirse impotentes, agigantando los obstáculos que presenta la sociedad.

En una nueva cultura, que desplaza a Dios, que relega la fe a los ámbitos privados, que "desconoce" a la Iglesia y que entroniza al "ser humano" como "medida de todas las cosas", urge la postura del profeta en su doble significado: como vigía de la historia y como testigo estimulante de Dios.

– *La postura del profeta como "centinela de la historia"*. A los cristianos y cristianas de hoy – ¿también en alguna medida a los presbíteros? – nos falta sensibilidad religiosa – actitud de fe – para detectar a Dios en la actualidad de la historia. Dios habla, Dios se reveló, Jesús murió y resucitó y así nos salvó; el Espíritu Santo nos llega de la fuente del Resucitado; la Iglesia se expandió por la acción del Espíritu; las gentes se convirtieron por la Palabra apostólica... Todo queda en el pasado, en unas acciones que se realizaron de una vez para siempre y que hoy repercuten en nosotros por vía de ejemplaridad y admiración, de identificación psicológica con el modelo admirado o, a lo sumo, por una acción divina a distancia.

Profetas del Nuevo Testamento, todos los creyentes estamos llamados a actuar como "centinelas de la historia", es decir, a descubrir y a anunciar la Buena Noticia de que Dios continúa hablando y revelándose hoy a sus hijos; de que Cristo sigue muriendo, resucitando y salvando hoy a sus hermanos, en el hoy sagrado de las celebraciones sacramentales; llamados a detectar y anunciar que el Espíritu de Dios está dándose a todos en un permanente Pentecostés; que la Iglesia sigue expandiéndose hoy a impulsos del Espíritu; que las gentes continúan convirtiéndose hoy por la Palabra que hoy Jesús pronuncia a través de su Iglesia.

La historia de la salvación nunca se ha detenido ni se detendrá, porque toda la historia humana esta grávida de la salvación acontecida, cuyo protagonista principal es Cristo viviente; él, con la energía transformadora de su resurrección – desencadenada por el Padre y activada por el Espíritu –, trabaja siempre el corazón de la humanidad, de cada persona humana y los acontecimientos de su historia en dirección hacia el Reino de Dios, la fraternidad universal.

Sólo los que crean y confiesen que el corazón del mundo sigue habitado y movido por el mismo Dios, Emmanuel y salvador, sólo ellos serán

profetas que siembren esperanza en nuestro tiempo convulso (cf. EN 75). "El cristiano es un especialista en detectar la presencia de Cristo salvador, hoy, en la vida, para caminar hacia el Padre" (Rovira Belloso).

— Pero urge también *la postura del profeta-testigo*. Leo por cuarta o quinta vez la exposición que el P. Ignacio Iglesias S.I. hizo, al comienzo del Congreso "Evangelización y hombre de hoy" (1985), explicando la génesis del mismo. Para su preparación, después de estar de acuerdo en seguir los criterios de EN, unos cuantos religiosos decidieron abordar la realidad y se preguntaron: "¿Por qué en vez de partir de textos... no partimos de la vida misma escuchando la voz (y los silencios) de los destinatarios?"⁵.

Y sondearon a las masas creyentes de nuestros pueblos y suburbios; saltaron luego a escuchar la voz de las nuevas marginaciones o nuevas pobrezas, para terminar sondeando la voz de diversos tipos de increyentes. Al final, extrajeron algunas constataciones.

La *primera* es impactante: "A nuestra Iglesia le sobran papeles y le faltan testigos". Nuestros problemas no son tanto de depósito de fe cuanto de vida de fe. Necesitamos doctrina, formación, mucha; pero nuestra falta mayor es de coherencia. Nuestras vidas se han preocupado a veces de denunciar, pero no arrastran. No se trata de realidades separables, pero se podría concluir que nuestra pasada preocupación por lanzar predicadores deberíamos reorientarla pacientemente a fabricar testigos.

Cuatro son los componentes existenciales del testigo evangélico:

- 1) Auténtica experiencia de Dios: su dosis en el cristiano medio de nuestra Iglesia no supera una cota media razonable. No todo lo conseguido en el florecimiento oracional de nuestras comunidades puede valorarse por igual como auténtica experiencia de fe.
- 2) Confesión de fe a modo de confesión-contraste, en que la luz resalta sobre un fondo de tinieblas. Este confesar-manifestar nuestra fe nos coge desentrenados después de muchos años ritualizantes y poco confesantes, de pastoral de cristiandad.
- 3) El compromiso o coherencia de vida. El testigo completa su función cuando hace experimentar a los demás lo que el mismo ha experimentado y confiesa: convencido de la misericordia de Dios para con

⁵ (Madrid, EDICE, 1985) 50-57.

él, la hace experimentar a los demás en su propia misericordia, lo cual suscita preguntas a su paso (cf. EN 21).

- 4) Comportamiento gratuito. Las preguntas se suelen suscitar ante la coherencia de vida cuando ésta lleva el sello inconfundible de lo divino: la entrega generosa y desinteresada, sin esperar nada a cambio, aprendida de Jesús, como su novedad radical, que fue la fuerza que dio eficacia al anuncio de su Buena Nueva (cf. EN 76)⁶. Nos sobran papeles y nos faltan testigos.

La *segunda* constatación, aunque no tan impactante, es imprescindible. Para impactar con el evangelio de Jesús faltan comunidades de testigos. No basta el testigo individual. El envío de Jesús fue plural (cf. Mt 28,18-20; Hch 1,8).

- 1) No es que falten estos testigos, sino que "no ejercen como tales", porque están mudos y escondidos, y es preciso ponerlos en marcha, movilizarlos.
- 2) Pero estos testigos han de vivir apasionadamente la comunión. Y esto es posible si no identificamos la causa de Jesús con nuestras personales traducciones de su causa. Desde ella es preciso relativizar nuestras versiones de la misma. Sin esto no será posible el diálogo ni la intercomunicación de los testigos, ni será posible la fuerza determinante del testimonio unánime "para que el mundo crea" (Jn 17,21) (cf. EN 77).

4. *La catequesis de adultos en las presentes coordinadas*

Este trasfondo de nuestra historia actual, que es el Cristo de la fe, portador en las entrañas del mundo de una rehabilitación insospechada de toda criatura abierta a la fuerza de su resurrección; esta hondura transfor-

⁶ "Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios, lo busca, sin embargo, por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible (Heb 11,27). El mundo exige y espera de nosotros: sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, despeggo de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda" (EN 76, final).

madora afecta a toda acción eclesial que quiera ser mediadora de la salvación de Jesús.

Pues bien, la catequesis de adultos es una de esas mediaciones por las que la Iglesia pone en contacto a los creyentes y no tan creyentes — incluso a los increyentes — con la energía transformadora del Señor resucitado y salvador, con la "redención haciéndose".

En este sentido, ya he presentado la primera condición teológico-pastoral para promover y consolidar una auténtica catequesis de adultos: creer fundamentalmente que Cristo sigue salvando hoy a nuestro mundo convulso, misteriosamente actuante en las acciones de su Iglesia, como sacramento universal de salvación.

II. OTRAS CONDICIONES TEOLÓGICO-PASTORALES PARA PROMOVER Y CONSOLIDAR LA CATEQUESIS DE ADULTOS

1. *La segunda condición es ofrecer e interiorizar una teología pastoral actualizada de la catequesis de adultos*

Esta teoría práctica la doy por supuesta. Sólo ofrezco algunos "flashes" sobre puntos capitales de la catequesis de adultos.

a) Iniciación y reiniciación cristiana.

Si la catequesis de adultos tiene trascendencia en la formación cristiana es porque se sitúa en las raíces mismas del ser cristiano: nuestra catequesis de adultos se inspira en la que se desarrollaba en "el catecumenado bautismal" de los primeros siglos de la Iglesia. Los candidatos ingresaban con una débil adhesión a la persona de Jesús —una frágil fe inicial— y salían con una fe en Cristo y su obra salvadora madurada y fundamentada, aunque necesitara toda la vida para madurar esa adhesión al maestro salvador.

El catecumenado bautismal proporcionaba a los catecúmenos la iniciación en la vida cristiana. Hoy la catequesis de adultos pretende re-iniciar en la vida cristiana a los creyentes que manifiestan algún déficit en su fe: una adhesión inmadura a la persona de Jesús, unos comportamientos ajenos a los criterios eclesiales, una deficiente experiencia comunitaria, una despreocupación misionera o unos conocimientos religiosos infantiles.

Esta re-iniciación, según el documento "catequesis de adultos" consiste en "completar la iniciación": la catequesis de adultos ayuda a los creyentes "a asumir personalmente su condición de bautizados" (n. 136), de "configurados con Cristo" (LG 7).

b) ¿Cómo re-iniciar a la vida cristiana?

En primer lugar, la catequesis de adultos, ¿qué tipo de cristianos quiere promover?

1. Ante todo, personas que se han encontrado con Jesús vivo, que se han sentido atraídas por él, que en su seguimiento perseverante han experimentado un cambio en su forma de ver y vivir a Dios, de relacionarse con los demás y de situarse en la vida y, por fin, se han decidido por comprometerse con su estilo evangélico de vida y con la causa del reinado de Dios: la fraternidad. (La experiencia de fe.)
2. Personas confiadas filialmente en Dios Padre, que cultivan su relación con él en la oración frecuente y festejan su presencia salvadora en celebraciones pausadas y festivas. (La oración y la celebración.)
3. Personas conscientes de la acción del Espíritu en sus corazones, quien les da fuerza para ser testigos de la resurrección de Jesús, como fruto de una espiritualidad honda, basada en la fidelidad a los impulsos del mismo Espíritu de Jesús. (Las actitudes de Jesús.)
4. Personas con vocación secular, pero arraigadas en una comunidad cristiana y en la Iglesia local, corresponsables en comunión con toda la Iglesia, aunque capaces de una postura de crítica positiva hacia ella y con espíritu comunitario hasta no poder vivir su vida cristiana en crecimiento más que en un grupo comunitario de referencia. (La dimensión comunitaria.)
5. Personas, por fin, en actitud de servir al mundo desde una fuerte inquietud tanto por el mundo de los increyentes, como por los pobres y aún por transformar la sociedad en una realidad más cercana al Evangelio (cf. CA 166-171). (La dimensión misionera y transformadora.)

En segundo lugar, ¿qué recorrido catequético se propone a los que están dispuestos?

1. La catequesis de adultos sigue el proceso con que la Iglesia de los primeros siglos iniciaba en la vida cristiana a los catecúmenos. Y para ello el "Directorio" de la catequesis de adultos, publicado por la Conferencia Episcopal Española y la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis⁷, se inspira en el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (RICA). Éste, aunque fundamentalmente destinado a los adultos no bautizados, contiene también indicaciones para los no confirmados y para los que aún no han participado en la eucaristía. Más aún, estas sugerencias pastorales pueden aplicarse "a casos similares" (RICA 295), como es el de muchos bautizados adultos⁸.

Por tanto, la catequesis de adultos es un proceso iniciatorio que toma su inspiración del catecumenado bautismal. Según esto, la catequesis de adultos podría describirse como

un itinerario o proceso educativo cristiano comunitario, orgánico y sistemático, integral, fundamental y temporal, que recorre un adulto cristiano en comunión con otros creyentes hasta convertirse en cristianos maduros e incorporarse, bien personalmente, bien formando una pequeña comunidad cristiana, en el núcleo vivo de una comunidad cristiana más amplia: la comunidad educativa cristiana, etc⁹.

2. Este proceso educativo re-iniciatorio de adultos se desarrolla a lo largo de tres etapas:

La *precatequesis*, que tiende a renovar, incluso a suscitar, la conversión inicial del adulto/a, su adhesión a la persona de Jesús. Es ese "tiempo de búsqueda" bajo la gracia del Espíritu, en que el adulto pasa de su inquietud religiosa a la adoración por Jesús y de ésta, a su entrega a él, abandonando su autosuficiencia. Se prolonga

⁷ Comisión Episcopal Española de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales* (Madrid, EDICE, 1990).

⁸ "La situación psicológica de los católicos no catequizados puede ser similar a la de los catecúmenos; por tanto nada impide que su catequesis proceda según el mismo orden que la instrucción de los catecúmenos, teniendo sin embargo en cuenta que los sacramentos ya han sido recibidos". Respuesta de la Sagrada Congregación para el Culto Divino sobre el alcance catequético del cap. IV del RICA, 8 de marzo de 1973.

⁹ Cf. V. M^a Pedrosa, "La catequesis de adultos, si es prioritaria, ¿por qué está tan olvidada?: *Sinite* 98 (1991) 55s.

el tiempo necesario hasta descubrir los primeros indicios de la conversión al Señor (cf. RICA 50).

La *catequesis*, que procura, en un tiempo prolongado, la maduración de la conversión-fe inicial, esto es, su vinculación a Jesucristo, en la Iglesia, para el servicio del mundo. Para promover este crecimiento cristiano en las personas, la catequesis lleva a cabo cuatro tareas en un clima comunitario: *a)* favorece el conocimiento experiencial del misterio de la salvación mediante la palabra de Dios, que aconteció y sigue aconteciendo en la historia humana; *b)* ejercita en la práctica de las actitudes cristianas; *c)* introduce activamente en la oración y en la celebración litúrgica e impulsa dosificadamente a la acción misionera y transformadora en el mundo.

La *etapa espiritual-comunitario-pastoral*, para el compromiso con la comunidad cristiana y con el mundo. En ella se interiorizan los sacramentos de la iniciación cristiana, se discierne la propia vocación cristiana, se hace la primera experiencia de vivir en pequeña comunidad y se capacita uno para realizar con competencia compromisos cristianos en la sociedad (cf. CA 198-222). La duración de esta etapa puede ir de uno a tres años, según la situación en que los participantes hayan concluido la etapa catequética.

Una vez concluida esta etapa, termina la catequesis de adultos y empieza otra etapa de la vida de los cristianos: la vida en comunidad al servicio de la propia Iglesia servidora del mundo. Por tanto, la catequesis de adultos tiene como objetivo sustancial iniciar —introducir, entrenar, acostumbrar— a la vida cristiana.

Una consecuencia importante: no toda acción formativa con adultos es catequesis de adultos.

Los pastores y responsables laicos de las comunidades cristianas utilizamos diversos cauces para la formación cristiana de sus miembros: escuelas de padres, grupos de matrimonios, cursos bíblicos, cursos monográficos sobre algún documento conciliar, cursos de enseñanza teológica, reuniones de "catequesis" presacramentales, encuentros para "catequesis" ocasionales (droga, divorcio, paro, racismo...), la homilía dominical, etc. Todos estos cauces, ¿son catequesis de adultos?

La Iglesia ha tenido siempre en gran estima tanto la palabra "catequesis" como la acción por ella significada. Ha considerado siempre la

catequesis como la acción preferida para formar en la fe a sus hijos y llevarlos a ser cristianos adultos y no sólo adultos cristianos.

Por este "alto concepto" que la Iglesia tiene de la acción catequética, para muchos catequesis es un término-talismán, y con él queremos dar categoría a nuestras acciones pastorales. Como si bastara llamar catequesis a cualquier tarea pastoral para que ésta lograra los resultados específicos de la catequesis propiamente dicha. ¡Sólo la catequesis realmente tal, como arriba se describe, con sus objetivos, su proceso por etapas, sus tareas, su mensaje dosificado, su entrenamiento, su clima comunitario, etc., produce los frutos de la catequesis!

Es decir, las acciones arriba enumeradas son acciones que educan la fe, ayudan a madurarla, pero no de forma integral, en todos sus componentes por eso no son catequesis de adultos propiamente dicha. Y por esa misma razón no se pueden esperar de esos cauces formativos la maduración integral de la fe que pretende lograr la catequesis de adultos.

2. *Conocer la identidad de las diversas acciones pastorales. Distinguir entre unas y otras y aplicar la que convenga*

La segunda condición teológico-pastoral para consolidar la catequesis de adultos es —decimos— disponer de una buena teología práctica de la misma. Ahora, como ampliación de lo dicho, y como tercera condición, afirmamos que es preciso distinguir entre acciones pastorales y acciones pastorales, es decir, conocer la identidad o finalidad de los diversos cauces formativos y utilizarlos para lo que han sido creados.

A la luz del Decreto *Ad Gentes* y de la Exhortación *Evangelii Nuntian-di*, todos los cauces pastorales de cualquier orden pueden considerarse:

- *Preferentemente misioneros*, que ayudan a pasar de la no fe a la fe, de la fe desnutrida a la fe viva.
- *Preferentemente catecumenales* o catequéticos, que favorecen el desarrollo de la fe, sobre todo si lo hacen en todas sus dimensiones: noético-experiencial, oracional y celebrativa, moral y comunitaria, transformadora del mundo y misionera.
- *Preferentemente comunitario-pastorales* o de la pastoral ordinaria; ayudan a la maduración permanente de la fe de los convertidos e incorporados a la comunidad cristiana y los disponen para dar testimonio de vida evangélica, para realizar acciones transforma-

doras en el entorno social y para comunicar su propia experiencia de Dios a los alejados o increyentes.

Entre los cauces *preferentemente misioneros* están: el testimonio coherente de vida cristiana; las acciones por la justicia, la paz y la defensa de los derechos humanos y el servicio a los pobres, que traslucen la presencia del Reino de Dios entre nosotros y suscitan admiración e interrogantes; la presentación explícita de algún valor practicado por Jesús y experimentado como sentido de la propia vida; la invitación cálida y oportuna a admirarlo y a aceptarlo como maestro de vida y salvador... En esta línea están los cursillos de cristiandad, las misiones populares renovadas, la acción de los movimientos apostólicos, las primeras acciones de nueva imagen de parroquia, las llamadas "catequesis" presacramentales, etc.

Entre los cauces *preferentemente catecumenales* están la catequesis parroquial, la enseñanza religiosa escolar y especialmente la catequesis integral de inspiración catecumenal —de niños, jóvenes, adultos—, que recupera en buena dosis el catecumenado bautismal de los siglos primeros de la Iglesia (CC 78-105).

Entre los cauces *preferentemente comunitario-pastorales* se encuentran la homilía, los ejercicios espirituales, las conferencias cuaresmales, las escuelas de teología diocesanas y arciprestales, las escuelas y cursillos de catequistas, la predicación ocasional de novenas y triduos; las celebraciones litúrgicas, los retiros, las actividades de los grupos de oración, los cursos intensivos sobre compromiso temporal, la oración; la revisión y celebración de los grupos cristianos de referencia, etc.

Esto supuesto, podemos decir que una de las causas de la no consolidación de muchos grupos de catequesis de adultos es la confusión con que pastores y laicos comprometidos utilizamos, a veces, los cauces de formación del laicado: los frutos de la catequesis de adultos no los lograron ni los cursillos de cristiandad en su primera fase, ni los encuentros presacramentales con padres alejados, ni el curso monográfico sobre "Fe y religión" de la Escuela de padres de Radio ECCA de los jesuitas... porque estos cauces se sitúan, en principio, en el nivel de la acción misionera.

Asimismo, tampoco se lograrán los resultados de la catequesis de adultos con un ciclo prolongado de teología sobre Iglesia o sacramentos, o con un curso a catequistas para especializarlos en catequesis de infancia, o con un ciclo de sesiones sobre la doctrina social de la Iglesia, o con un cursillo para animadores litúrgicos... porque estos cauces formativos se inscriben, en principio, en el nivel de la acción pastoral ordinaria.

En el mejor de los casos, los participantes, no habrán desaprovechado el tiempo, pero habrán retrasado uno, dos o tres años su aprovechamiento formativo hasta dar con el cauce de formación integral, la catequesis, que habría abierto mucho antes su fe a horizontes más amplios y armónicos: la fe madura integral¹⁰.

En ocasiones, a estos cauces plurales, en vez de "catequesis de adultos", se los llama "procesos catecumenales". Para no pocos pastores, todos los trabajos con adultos son "procesos catecumenales". "Es evidente que hay que dejar de llamar 'catecumenales' a dos charlas de preparación al bautismo, a cinco encuentros prematrimoniales, a seis conferencias cuaresmales... El mínimo de rigor habría que establecerlo a partir de un mínimo de realidad: existencia de un grupo, que se reúne periódicamente, al menos a lo largo de un año, siguiendo un plan o 'iter' que incluye verdaderos elementos catecumenales" (D. Borobio).

Llamar a cualquier cauce pastoral "proceso catecumenal" o "catequesis de adultos" induce el riesgo de que se piense que la catequesis de adultos no tiene ni identidad propia ni eficacia pastoral.

3. *Reconocer dos tipos fundamentales de candidatos a la catequesis de adultos*

a) La cultura de la increencia y su repercusión pastoral

Este reconocimiento es otra condición teológico-pastoral para lanzar y robustecer la verdadera catequesis de adultos. Retomando pensamientos de la primera parte, la escasa respuesta a la catequesis de adultos tiene una causa profunda y muy extendida: la increencia ambiental. "Son minoría los que se declaran no creyentes" y, sin embargo, "la cultura que se difunde en la sociedad está dominada por la increencia"¹¹.

Muchos tienen una conciencia muy vaga de Dios. El contenido doctrinal de su fe está muy fragmentado y diluido en su conciencia religiosa. Seleccionan los contenidos que mejor les van y recortan los criterios morales a su medida.

¹⁰ Cf. V. M^a Pedrosa, "Causas de la escasez de grupos de catequesis de adultos": *Sinite* 106 (1994) 327-329.

¹¹ Obispos de Euskalherria, Carta Pastoral de Cuaresma-Pascua 1988: *Creer en tiempos de increencia*, n. 6.

Muchos se han desvinculado de la Iglesia, y el dato más significativo es que este "desenganche" y la indiferencia religiosa consecuente se propagan al margen de las decisiones de las personas como por una especie de atmósfera "irrespirable" para la vida religiosa.

Así, los valores religiosos predominantes en otro tiempo, han perdido prestigio y relevancia social. Muchas familias jóvenes (30-45 años) se han encontrado insensiblemente dominadas por esta indiferencia religiosa no elegida, pero con la que viven a gusto¹².

Pues bien, este clima de increencia tiene su repercusión en los propios creyentes: disminuyen su tiempo de comunicación vital con Dios. Su vida real se alimenta cada vez más de fuentes distintas de las de la fe: novelas televisadas, programas y mesas redondas radiofónicas o de TV sobre temas en que se ponen en cuarentena valores humanos y cristianos..." De esta forma, la fe deja de impregnar la vida de valores evangélicos.

Así las cosas, no extraña que la convocatoria a participar en la catequesis de adultos no tenga el mordiente suficiente para concitar voluntades de cristianos "tocados" por las reticencias de la "religión light" (González Anleo), las objeciones de científicos y pensadores, las acusaciones de intolerancia y de falta de libertad que los medios de comunicación lanzan contra la Iglesia...

b) Dos tipos de candidatos a la catequesis de adultos.

A la luz de lo dicho, recordemos los dos tipos fundamentales de candidatos a la catequesis de adultos: por un lado, los creyentes practicantes con deficiencias en la calidad de su fe; por otro, los creyentes alejados de la Iglesia —no practicantes habituales— y/o alejados de la fe —increyentes en uno u otro grado—.

De 1970 a 1985 —por poner unas fechas—, muchas personas adultas de una edad media de 40 años sintieron la llamada a los grupos de catequesis de adultos. Es la primera generación de catequesis de adultos. La mayor parte eran practicantes; otros llegaban de la "lejanía" de la fe. Muchos ex-militantes de la Acción Católica general y especializada encontraron la oportunidad de renovar su vida cristiana en estos grupos catecumenales después de la crisis de la A.C. en 1966. Unos y otros,

¹² Cf. J. Martín Velasco, *El malestar religioso de nuestra cultura* (Madrid, Paulinas, 1993) 81-92.

necesitaban reavivar y dinamizar su fe y ser fermento desde sus comunidades cristianas respectivas.

Pues bien, en la actualidad quedan aún en las comunidades parroquiales cristianos con los rasgos de aquella primera generación. Sobre todo en los ámbitos parroquiales vírgenes en materia de catequesis de adultos. Sin embargo, en las comunidades cristianas en que ya se ha convocado a la catequesis de adultos y han nacido ya grupos, es más difícil encontrar nuevos candidatos con estas características.

A partir de mediados de los años 1980, con la eclosión de la secularización radical, está llegando a la catequesis de adultos otro tipo de sujetos: son la segunda generación de la catequesis de adultos. Son personas de 30-45 años que, sin renunciar oficialmente a su fe, ya no han crecido en el corazón de la Iglesia, ni la reconocen en profundidad como el suelo nutricio de su vida¹³. De ellas acabamos de hablar un poco más arriba.

Son personas que, cultivadas libremente en encuentros periódicos con motivo de la sacramentalización de sus hijos —bautismo, primera eucaristía, confirmación—, desean continuar reuniéndose (especialmente mujeres) para afianzar su "recuperación cristiana" iniciada en los encuentros pre sacramentales. Es la pastoral de misión que florece, en proporción modesta, muy relacionada con la pastoral catequético-catecumenal.

Repetimos. Con este cambio tan significativo de sujetos, ¿puede extrañarnos que la convocatoria a la catequesis de adultos deje de tener la respuesta que tuvo en otro tiempo? Sin embargo, ¿cómo enriquecer la convocatoria de los cristianos débiles de la segunda generación para que acudan en mayor número a la catequesis de adultos, aunque sin aspirar al número de los que respondían antaño, los pertenecientes a la primera generación? A continuación proponemos una pista teórico-práctica.

4. *Aplicar los criterios pastorales de la llamada nueva evangelización*

En el horizonte de la nueva evangelización van apareciendo —por parte del papa Juan Pablo II— tres maneras complementarias de enfocar la nueva evangelización. Ésta pretende tres objetivos:

¹³ "Entre los 21 y 34 años se encuentra la generación perdida para la Iglesia", dice una encuesta de 1984. Cf. C. Floristán; "Presencia pastoral de la Iglesia en la sociedad actual", en Instituto Superior de pastoral, *La Iglesia en la sociedad española* (Estella, Verbo Divino, 1990) 123.

1º. Promover en el mundo una "civilización del amor (Pablo VI) o una "cultura de la solidaridad" (Juan Pablo II).

2º. Recuperar en las antiguas Iglesias cristianas a no pocos bautizados que se han alejado de la Iglesia (no practicantes habituales, indiferentes) y aun de la fe (increyentes), para una fe viva.

3º. Promover comunidades eclesiales maduras, cargadas de vitalidad evangélica que sean verdaderos sujetos activos de la nueva evangelización¹⁴.

Ante estos objetivos complementarios, es preciso poner en práctica dos prioridades pastorales: la de la catequesis de jóvenes y adultos y la de la catequesis misionera respecto de la catequesis propiamente dicha.

a) Primera. La prioridad de la catequesis de jóvenes y adultos.

Durante siglos —los de la "civitas christiana"—, la Iglesia dedicó todas sus energías a la formación cristiana de niños y preadolescentes. Entonces (siglos VII-XV) se daba por supuesta y consolidada la fe de los jóvenes y adultos, que ellos alimentaban con la práctica sacramental y el ambiente social cristiano. Los miembros más jóvenes, en cambio, necesitaban hacerse partícipes del patrimonio cristiano que conservarían, junto a los mayores, dentro de la familia, en el culto dominical y festivo y con el clima religioso de la sociedad. Es decir, en estos siglos primaba la catequesis de niños y preadolescentes, hasta los 15-16 años.

Hoy, extinguida la atmósfera de la cristiandad, urge lograr los objetivos de la nueva evangelización para lo cual no hay más remedio que optar prioritariamente por la catequesis de jóvenes y adultos. Son ellos preferentemente los que, convertidos y habiendo logrado la madurez de su vida creyente, serán capaces de alumbrar la "cultura de la solidaridad" y unas comunidades cristianas vivas dinámicas.

No se trata de minimizar o infravalorar o suprimir la catequesis de niños y preadolescentes. Como bautizados, tienen pleno derecho al desarrollo de su fe mediante la catequesis apropiada. Pero no es evangélico

¹⁴ A. González Dorado, "Los retos de la nueva evangelización en América Latina" y en España": *Boletín informativo de la Asociación Española de Catequetas (AECA)* (1992) n. 12 (número extraordinario). Cf. la ampliación y matizaciones de estos conceptos en el libro del mismo autor: *La Buena Noticia hoy. Hacia una evangelización nueva* (Madrid, PPC, 1995).

que, de los 230.000 catequistas que puede haber hoy en las diócesis españolas, el 80% –184.000– se dediquen a la catequesis de los menores de la comunidad y tan sólo el 2% –unos 4.500 catequistas– estén al servicio de la catequesis de adultos.

Con estos recursos humanos, ¿se puede llevar a cabo la "revolución cristiana" de la nueva evangelización, que tendrá que apoyarse irremediablemente sobre los jóvenes y adultos sólidamente creyentes? De seguir así, ¿qué futuro cristiano nos esperaría?

b) Segunda. La prioridad de la acción o catequesis misionera respecto de la catequesis propiamente dicha.

Fue Mons. Sepe, obispo-secretario de la Sagrada Congregación para el Clero, de la que depende todo lo referente a la catequesis, quien vino a decir en el Congreso Internacional de Catequesis (Sevilla 1992) el contenido de la frase que encabeza este apartado.

Al comienzo de su discurso inaugural en el Congreso, había trazado el trasfondo de secularización y pluralismo religioso en que se realiza la catequesis en todo el mundo. "Las reflexiones que siguen –dijo– desean ser una colaboración para profundizar la nueva evangelización"¹⁵. Y dando al Catecismo de la Iglesia Católica todo su valor y su lugar en la acción pastoral de la Iglesia, añadió:

En contra de cierta impresión que podría suscitarse por la inminente publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, existen motivos para sostener que el primero y más urgente problema de la catequesis en muchos lugares y países *no es el conocimiento doctrinal de la fe, sino el hecho mismo de la fe, o sea, el acto de fe: el hecho de creer en Dios y en Jesucristo*¹⁶.

Esta es también, como sabemos, la preocupación de todos los Obispos españoles en el Plan trienal 1994-1997, inspirándose en Juan Pablo II:

Ante todo –dicen ellos– querríamos llamar la atención sobre la fuerte novedad que supone impulsar en nuestra Iglesia una pastoral decididamente

¹⁵ C. Sepe, "Catequesis e Iglesia del futuro. Hacia la catequesis del tercer milenio". Discurso inaugural del Congreso Internacional de Catequesis: *Del V Centenario al III Milenio* (Sevilla, septiembre 1992): *Teología y Catequesis* 45-48 (1993) 27.

¹⁶ *Ibid.*, 27. La cursiva es nuestra.

evangelizadora. No todas las actividades pastorales, aunque sean necesarias, pueden llamarse igualmente evangelizadoras (misioneras). Este calificativo lo aplicamos con un sentido más estricto a aquellas actividades pastorales: 1) *expresamente dirigidas a favorecer la fe en Dios y en Jesucristo*, 2) *la conversión al Dios de la gracia*, 3) *la conversión personal y comunitaria al evangelio y a una vida cristiana auténtica y operante bajo la acción del Espíritu Santo y con la riqueza de sus dones*¹⁷.

Aquí, nuestros Obispos proponen como acción preferente de su plan trienal 1994-1997: la evangelización misionera¹⁸, a la cual colabora estrechamente la llamada catequesis misionera con los adultos. Y, entre otras, hacen una aplicación de esta evangelización misionera al campo concreto de la familia.

En el Plan trienal, el Episcopado Español expresa una querencia especial por las familias¹⁹, muchas de las cuales –entre los 30 y 45 años– se han desconectado de la Iglesia. Una condición teológico-pastoral para promover la catequesis de adultos es dar prioridad a la catequesis misionera con los padres y madres jóvenes, en especial con los que se acercan a la Iglesia con ocasión de la sacramentalización de sus hijos.

Con el fin de recuperar a estos matrimonios jóvenes para una catequesis de adultos, es preciso recordar dos puntos:

- 1) Que la actual catequesis de adultos (cf. CA 198-213) empieza ya con una etapa precatequética, que tiende a provocar la fe que no existe o avivar la fe desnutrida o inoperante. Y esto es una aventura apasionante: es un reto a la libertad generosa de los padres y madres que pueden abrirse al don de la fe y a su cultivo posterior en esta etapa pre catequética. Es un reto a la paciencia "a lo divino" de los catequistas, que siembran tal vez lo que otros recogerán. Es un reto a la creatividad de toda la comunidad cristiana, que tendrá que inventarse cómo ir dando paso a la integración en ella misma de los nuevos creyentes, etc.

¹⁷ "Para que el mundo crea" (Jn 17,21), *o. c.*, 17-18. La numeración y la cursiva es nuestra.

¹⁸ *Ibíd.*, 19, en donde se describe la fe bíblica, que hay que suscitar en los hombres y mujeres de hoy.

¹⁹ *Ibíd.*, 19, 34 y 38.

2) Que la etapa precatequética no se improvisa: que los animadores han de descubrir la situación religiosa de los que vienen, el contenido del diálogo que ofrecerles, quincena tras quincena, las técnicas sencillas para progresar en la relación interpersonal, etc. Es decir, que lo mismo que hay que elaborar un proyecto o un proceso para la catequesis, también hay que confeccionar un proceso precatequético –uno o varios–, que bajo la guía y luz del Espíritu de Jesús, favorezca el nacimiento o el despertar de la opción personal por la persona de Jesús, Mesías salvador: la conversión religiosa.

5. *Reconocer y corregir las deficiencias pastorales de la institución catequética diocesana*

He aquí otra condición teológico-pastoral para consolidar nuestra catequesis de adultos. La especificamos en dos breves apartados.

a) En relación con los agentes cualificados de la acción catequética (sacerdotes, religiosos/as, seglares preparados...).

1) *¿Nos hemos "reciclado" para esta pastoral de la re-iniciación cristiana (con adultos)?*

Los sacerdotes, religiosas y religiosos hemos sido preparados para trabajar con personas creyentes, más o menos practicantes. Por eso nos movemos a gusto en acciones que maduran la fe (de nivel catequético) y que alimentan la fe madura (de nivel pastoral): la catequesis de primera eucaristía, de confirmación, con adultos practicantes; las celebraciones litúrgicas de todo tipo, retiros a miembros de Cáritas, a los catequistas...

Pero ¿qué hacemos con los padres-madres que piden el bautismo para sus hijos o que los traen a prepararse para los primeros sacramentos, siendo así que la mayoría de ellos están poco o nada interesados en las cosas de la fe? ¿Nos esforzamos por ir convirtiéndonos pastoralmente al talante misionero para abordar a esas familias en el nivel de fe en que se encuentran? ¿Nos vamos convirtiendo junto con los laicos –hombres y mujeres– involucrados en la pastoral con estas familias?

Lo más fácil es "mirar con recelo" a estos matrimonios jóvenes-adultos y "deshacernos" de ellos con dos o tres reuniones en que les hablamos del sacramento de la penitencia, de algunos temas que sus hijos están trabajan-

do en la catequesis, de la fiesta de la primera eucaristía... siempre en clave catequética.

Nunca o casi nunca pensamos en ellos en clave de misión: sus dificultades para creer; qué reflexiones y con qué método ponerlos en acción para que puedan abrirse al don de la fe... ¿Cuántas veces hemos rogado al Espíritu de la evangelización: "Convíertenos Señor, y nos convertiremos"?

2) *¿Quizá tenemos miedo – "miedo excesivo" – a los adultos y una convicción secreta de que "no hay nada que hacer con ellos"?*

Ciertamente, todos tenemos miedo a lo "desconocido", a las reacciones de las personas adultas, a sus dificultades, a su experiencia madura, sus problemas, a mantener una relación viva y fluida con ellas, a ser su catequista-moderador... Para superar ese "pánico escénico" basta ponerse a la obra acompañados de un "experimentado", uno de los nuestros que tenga un poco de competencia catequética en este campo y se brinde a ser acompañante nuestro... O ¿sigue funcionando entre nosotros aquello de "nadie es profeta en su tierra"?

En cuanto a nuestro escepticismo sobre la conversión y transformación interior de los adultos, tendríamos que recordar la ley de la encarnación y de la salvación cristiana "en acto": ¡hoy, ahora es el momento de la salvación!, de que hablamos en la primera parte.

En su segundo viaje misionero, Pablo, después de Atenas, recaló en la cosmopolita y libertina ciudad de Corinto. Predicó tesoneramente en la sinagoga: "Jesús es el Mesías", con todo tipo de argumentos. Ante la reacción repulsiva de los creyentes –los judíos–, Pablo se volvió a brindar la Buena Nueva a los no creyentes, a los paganos.

Una noche le dijo el Señor a Pablo en una visión: No temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo y nadie te atacará ni te hará daño, porque *muchos de esta ciudad pertenecen a mi pueblo*. Pablo se quedó allí año y medio explicándoles la palabra de Dios (Hch 18,9-11)²⁰.

Este pasaje es elocuente. Entre las personas adultas, creyentes de cualquier tipo: padres y madres, profesores, colaboradores parroquiales,

²⁰ La cursiva es nuestra. "En esta ciudad hay muchos que llegaron a formar parte de mi pueblo". Así traduce el vers. 10b la Biblia de la "Casa de la Biblia" (Madrid 1992).

meros practicantes dominicales, incluso creyentes alejados, pero inquietos por los problemas de los otros... entre todas ellas, hay no pocas que están siendo "trabajadas e inquietadas" por el Espíritu del Señor para dar el paso precisamente hoy, y sólo están necesitando el empujón de un cristiano o cristiana "comprometido" que les diga: "Hala, vente con nosotros". Porque hay gentes en nuestras ciudades y pueblos que, sin saberlo, "pertenecen (de corazón) al pueblo de Dios" y ¡quieren ser convocadas! ¡Quién tendrá ojos nuevos para descubrirlas y voz para convocarlas y acogerlas? ²¹.

b) En lo que concierne a la organización catequética diocesana.

1) *¿Faltan proyectos diocesanos "desarrollados" de catequesis de adultos?*

Una buena parte de las diócesis españolas —quizá todas— tienen un proyecto diocesano global de catequesis: para niños, adolescentes y jóvenes (0-25 años), para adultos (25-65 años) y para la tercera edad (65 en adelante) (CA anexo, pp. 271-272, n. 22).

Sin embargo, una parte de ellas aún no han desarrollado el proceso de catequesis de adultos, como ya lo han hecho con el proyecto de infancia y el de adolescencia (confirmación) en colaboración con pastoral de juventud.

El Obispo ha de estar muy entrañado en la catequesis de adultos... (de) su diócesis, velando por la autenticidad de la confesión de fe a que les prepara y proyectando los acentos y el perfil del hombre y mujer cristianos que quisieran ver en su Iglesia (CA 117, 3º).

Esto quiere decir que el propio Obispo diocesano ha de intervenir, en su momento, en la propia elaboración del proceso catequético de adultos. ¡Se trata de proyectar el cristiano/a del futuro inmediato!

Pero también es cierto que una catequesis diocesana de adultos no puede ser lo suficientemente creativa y eficaz si no cuenta con un equipo supradiocesano de catequesis de adultos que confeccione el proyecto o diseño-marco de catequesis de adultos, al menos, para una parte de la región pastoral; equipo que discierna y seleccione el material más apto

²¹ V. M^a Pedrosa: "La catequesis de adultos, si es prioritaria...", *a. c.*, 551-553 y 558.

entre los ya existentes y elabore el que no exista y sea necesario; que coordine, dinamice y evalúe las tareas realizadas sobre la catequesis de adultos en ese ámbito. Todo ello muy en relación con los Vicarios Generales respectivos.

Los equipos de Galicia, Andalucía, Badajoz, Murcia, etc., están trabajando el material correspondiente a la etapa precatequética de catequesis de adultos. El equipo de Euskalherria empezó la tarea conjunta hace dieciséis años, al caer en la cuenta de que los sacerdotes y demás agentes de pastoral se animarían a poner en marcha la catequesis de adultos, cuando dispusieran de un proceso catequético común, de materiales para cada una de las etapas, de unas guías metodológicas, de un material que reforzara el compromiso social, de los rasgos fundamentales de una pequeña comunidad cristiana como salida a los grupos de catequesis de adultos que acabaran, etc. y, sobre todo, cuando se lograra tener un "foro" donde contrastar con rigor teológico-pastoral la experiencia pastoral de cada diócesis o zona pastoral. Esto costó trabajarlo "en catacumbas", en una tarea de experimentación silenciosa, seis o siete años.

Si al comienzo afirmamos: "Nos sobran papeles y nos faltan testigos", ahora quizá podríamos decir: "Nos sobran principios teológico-pastorales y nos faltan programas y materiales de aplicación a la praxis".

2) *"Establecer la catequesis de (re-)iniciación cristiana para adultos como servicio permanente en cada parroquia"*²²

Esto lo propusieron hace dos años los Obispos de Euskalherria, sabiendo que es un ideal inasequible para muchas comunidades parroquiales. pero es una forma de proponer la dirección de un objetivo, argumentando que "es necesario ampliar el horizonte de los servicios catequéticos de la parroquia" (n. 89), de un modo parecido a como "nuestras parroquias han implantado la catequesis infantil con su proceso, sus métodos y su estructura de catequistas" (n. 90, 1º).

Y, hablando de la primera etapa de la catequesis de adultos, de la precatequesis, añaden:

Se trataría de un proceso abierto a cristianos de fe vacilante (practicantes o no), orientado a suscitar un proceso de conversión y con elementos

²² Obispos de Euskalherria: Carta pastoral de Resurrección (1994): *Evangelizar en tiempos de increencia*, n. 89-90 y 92.

dirigidos a despertar una fe más personalizada, más vivida y experimentada, mejor compartida en la comunidad, más encarnada en el mundo, más confesante. Los primeros pasos serán modestos. Nos faltan catequistas (misioneros). No sabemos convocar. Necesitamos aprender métodos nuevos. Pero no dudamos de que éste es un objetivo claro que ha de perseguir toda parroquia responsable de cara al futuro (n. 90, 2º y 3º).

Y para no olvidar el trasfondo de una situación en estado de nueva evangelización, precisan:

Pensamos, sobre todo, en grupos reducidos (de alejados)... con métodos y espíritu diferente a los catequéticos, en actitud de escucha... formulando preguntas que ningún ser humano debe eludir, deshaciendo prejuicios... despertando la conversión a Jesucristo (n. 92, 2º).

6. *Y ¿los catequistas y las catequistas? Una de las piezas fundamentales*

Este es el "talón de Aquiles" de la catequesis de adultos. Aunque este tema pertenece de lleno al apartado anterior: identidad del catequista, su espiritualidad y formación, lo presentamos como un nuevo criterio para darle todo el relieve que tiene en la consolidación de la catequesis de adultos. "Hay que dar más importancia a la acción del catequista que a la selección de textos (catequéticos) y otros instrumentos" (DCG 71).

Esta frase del DCG sitúa a los catequistas en un lugar privilegiado dentro del proceso iniciatorio cristiano: ellos no producen el encuentro de los participantes con el Dios vivo, con el resucitado, pero son los mediadores de ese encuentro; no dan la fe, pero con su palabra y testimonio facilitan el don de la fe y su acogida por parte de los participantes.

El equipo de catequistas parroquiales —en la práctica— no suele estar debidamente considerado ni por la comunidad cristiana ni por sus responsables. En concreto, los sacerdotes nos volcamos quizá más en la educación de un equipo de matrimonios, de una pequeña comunidad cristiana, del equipo de cáritas... que en la formación cristiana del pequeño o gran grupo de catequistas, que constituyen la matriz cristiana de la comunidad parroquial, en donde se engendran y crecen los hijos de Dios, de que ella misma se nutre.

a) El catequista de adultos, ¿cómo y en qué tendría que ser formado?

No tratamos de señalar todas las dimensiones de la formación de los catequistas de adultos; sólo resaltamos aquellas que nos parecen más urgentes hoy.

1. Ante todo, ha de ser promovido como profeta-vigía de nuestro tiempo. Para que sepa detectar las "señales de la acción del Espíritu de Jesús", que fecunda nuestra historia, y para que aprenda a interpretarlas como llamadas dirigidas a sí mismo y al grupo de catequesis. Hombre y mujer de "corazón de carne" y de ojos nuevos, pues la salvación acontece hoy.

2. Como profeta-testigo de la vida del resucitado y de su mensaje. Para que, por su coherencia de fe y vida, los catequizandos crean que él, el Jesús viviente, sigue iluminando y reforzando la vida de los que lo siguen con fidelidad. En el fondo de todo participante en la catequesis late la pregunta: "¿Será digna de fiar la fe de mi catequista?"

Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a la eficacia real de la evangelización" (EN 76)²³.

3. El catequista de adultos ha de ser formado en la esperanza y en la paciencia, que le comunican una energía interior que se manifiesta en la alegría íntima de saberse servidor del Evangelio de Jesús y ser considerado digno de sufrir por su causa.

Precisamente esta alegría, que concede el Espíritu (Gál 5,22), es el distintivo auténtico del catequista y la prueba de que el Evangelio le ha llenado (Jn 15,11):

Ojalá que el mundo pueda percibir la Buena Nueva no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino de ministros (servidores) del Evangelio cuya vida irradie el fervor de quienes han recibido la alegría de Cristo (EN, 8)²⁴.

²³ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *El catequista y su formación. Orientaciones pastorales* (Madrid, EDICE, 1985) n. 59-61.

²⁴ *Ibid.*, nn. 61 y 64.

b) Pero este testimonio del catequista de adultos tiene dos formas de expresarse especialmente relevantes: la oración y su compromiso con lo humano.

1. La ejercitación en la oración personal asegura al catequista aquella experiencia de Dios propia del testigo creyente, traducida en intimidad personal y entrañable con el Señor Jesús, en entusiasmo por su causa, en poner en sus manos a cada uno de los catequizandos y en sentirse instrumento libre de su acción salvadora y liberadora. ¡Es la conciencia de gratuidad que va naciendo!

Hay que "cuidar el corazón" (Mons. Buxarráis) de los catequistas para que, luego, estos "cuiden el corazón" de los catequizandos y aseguren así cristianos para el futuro; pues "el siglo XXI será religioso o no será" (A. Malraux). Por desgracia, "entre los cristianos del viejo continente falta entusiasmo por Jesucristo" ²⁵.

2. El compromiso con lo humano realiza la ley de la encarnación y, en este sentido, el catequista salva, con Jesús y como Jesús, lo que asume. No le basta con anunciar la salvación: quiere realizar la salvación integral y lo hace, con él y como él, bajando, con-descendiendo (cf. Flp 2,5-11), esto es, sirviendo a sus hermanos, los seres humanos con experiencia de perdidos ²⁶.

c) ¿Quiénes podrán ser los animadores/as — que no catequistas — de los grupos de alejados que están en búsqueda — en la etapa precatequética — y pueden ser candidatos a la catequesis de adultos?

Sólo podrían ser:

- . los cristianos, y por supuesto, cristianas que "crean" en los "incredulos", en especial en los adultos jóvenes o jóvenes adultos;
- . los cristianos que no sueñen con muchedumbres;
- . los cristianos que, a ser posible, hayan recorrido el proceso de una catequesis de adultos de inspiración catecumenal o estén ya avanzados en él;

²⁵ R. Buxarráis: "Cuidar el corazón": *Vida Nueva* 3.VI.95, p. 31.

²⁶ P. Ignacio Iglesias, *o. c.*, 54-55.

- . los cristianos que pongan frecuentemente su tarea y a las familias en el centro de su oración al Espíritu del Padre y de Jesús;
- . los cristianos que vayan adquiriendo "ojos nuevos" para descubrir que el Espíritu del resucitado ya está actuando en las personas alejadas que se acerquen a ellos: ¡Él va siempre por delante!;
- . los cristianos que han sido o son: catequistas de los hijos/as de las familias alejadas participantes, o catequistas de edades superiores (10, 12, 15, 17 años), o cristianos procedentes de otros grupos parroquiales: catequesis de adultos, pequeñas comunidades cristianas, monitores de tiempo libre, miembros de Cáritas, etc.;
- . los cristianos dispuestos a trabajar en equipo, al menos a la hora de preparar las reuniones;
- . los cristianos dispuestos a dedicar el tiempo que sea necesario hasta que los participantes den signos suficientes de su fe en el Señor Jesús y en su mensaje: la fe inicial²⁷.

CONCLUSIÓN

El tema expuesto es complejo, pero apasionante. No se pueden minimizar las dificultades de la catequesis de adultos. Sin duda, hay otras condiciones teológicas y prácticas que intervienen favorablemente en la promoción y consolidación de la catequesis de adultos en nuestra "cultura de la increencia". Para acabar, explícito en unas breves frases otra de ellas, que está latente en cuanto hemos dicho.

Si los sacerdotes nos empeñamos hoy en despejar las dificultades de este cauce pastoral de gran futuro para la vida cristiana y lo queremos hacer por nosotros solos, creo que habremos fracasado. Esta sensibilidad eclesiológica pertenece ya al pasado.

Es toda la comunidad cristiana, con sus carismas y ministerios —y, por tanto, particularmente con los laicos— la que habrá de coger "el toro por los cuernos" y meterlo en el ruedo de la pastoral.

²⁷ V. M^a Pedrosa, "Inculturation de l'Eucharistie dans une 'Culture de l'incroyance' pour une nouvelle evangelisation. Une experience pastorale", en *XLV Conventus Eucharisticus Internationalis: "Christus Lumen Gentium"*. *Eucharistia et Evangelizatio*. Sevilla 7-13.6.1993 (Ex Aedibus Vaticanis 1993) 516-522.

En este sentido, fue un acierto eclesiológico y de un buen realismo pastoral la experiencia que presenta el *Informe sobre la catequesis de adultos de la Región de Aragón-La Rioja*. En la Vicaría V de Zaragoza, antes de empezar los grupos de catequesis de adultos, se llevó a cabo la preparación de los catequistas. Para ello se organizó la "Escuela de formación de catequesis de adultos" durante dos años. Participaron cuarenta alumnos y alumnas, y ellos son los que hoy animan los grupos de catequesis de adultos existentes²⁸.

A nosotros como sacerdotes nos toca colaborar con el Espíritu de Jesús, el Señor, para seguir acompañando a este laicado emergente que se forja en nuestras diócesis —parroquias, instituciones, movimientos, comunidades, asociaciones, cursos intensivos, escuelas de formación, institutos teológicos, etc.—, para que las diócesis puedan disponer de este cauce privilegiado de re-iniciación cristiana que llamamos catequesis de adultos.

²⁸ El informe fue elaborado por los Delegados diocesanos de catequesis de las Diócesis de la Región pastoral de Aragón-La Rioja, mayo 1995.